

813
B.

PQ2193
B7
L68
L887



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1887.—Imp. de A. Pérez: Flor Baja, núm. 22.

LOCA DE AMOR.

I.

El día 5 de Noviembre de 188...., poco después de las ocho de la mañana, la portera del núm... de la calle Blanche quedó sorprendida al ver que una mujer desolada, presa de extraordinario espanto, pudiendo respirar apenas, penetraba, ó, mejor dicho, se precipitaba en su estrecha habitación, después de abrir las vidrieras violentamente.

Era Aurelia, la doncella de la señora Laura Vivian, hermosa hembra, que aseguraba ser actriz, y ocupaba el tercer piso de la casa.

—¿Qué tiene V.? ¿Qué sucede?—exclamó la portera, admirada al propio tiempo que inquieta, al ver así invadido su domicilio.

Pero Aurelia nada contestó. En pie delante de la puerta, temblando como una epiléptica, hacía esfuerzos para hablar, y no conseguía pronunciar palabra: un movimiento nervioso agitaba sus mandíbulas y hacía chocar sus dientes, produciendo extraño castañeteo.

—¿Pero qué tiene V.? (volvió a preguntar la portera.) ¿Se siente V. mal?

Y visto que no obtenía respuesta, la buena mujer llamó á su marido, que acababa de vestirse en la alcoba inmediata.

—Jerónimo (dijo); trae un vaso de agua. Pero en seguida.... Date prisa.

El aludido obedeció maquinalmente, por costumbre, sin saber ni importarle de lo que se trataba, y acudió con el vaso de agua pedido.

Su mujer se lo arrebató de las manos, hizo sentarse á Aurelia, y poniéndole entre los dientes el borde del vaso, la obligó á beber algunos sorbos, mientras Jerónimo sacaba de una alhacena un frasco lleno de

vinagre y lo aplicaba luego á las narices de la enferma.

Estos cuidados produjeron el resultado apetecido: el semblante de la joven se coloró, y el temblor disminuyó poco á poco. La portera aprovechó el momento oportuno para reiterar sus preguntas:

—Vaya: tranquilícese V., y díganos qué le pasa.

Aurelia intentó levantarse; alzó un brazo, señalando hacia arriba, y, por fin, haciendo un gran esfuerzo, murmuró con voz sorda y estrangulada:

—¡Arriba!.... ¡Arriba!.... ¡Mi ama!.... ¡Muerta!.... ¡Muerta!....

—¿Cómo? ¿Qué dice V.?—exclamaron á un tiempo los porteros.

—¡Muerta!.... ¡Muerta!.... ¡Asesinada!.... ¡Asesinada!—repitió la doncella.

—¡Asesinada! ¿Pero por quién?

—¿Cómo? ¿Cuándo?

Aurelia, presa de la crisis nerviosa nuevamente, permanecía muda. Jerónimo la miró unos instantes con lástima, y luego exclamó:

—Es inútil preguntarle; nada conseguiremos. Preciso es subir y enterarnos....

— Pero no podemos dejarla sola....
Mira ; va á desmayarse otra vez.

— Bueno. Quédate tú con ella . Yo subiré solo.

Y así diciendo , Jerónimo tomó escalera arriba con una agilidad impropia de sus años , y no paró hasta el piso tercero.

Al huir , Aurelia había dejado la puerta depar en par ; Jerónimo pudo , pues , penetrar en la casa sin demora , y desde la antesala descubrió en el salón un cuadro espantoso . La señora Vivian , inanimada , cubierta de sangre , yacía sobre la alfombra . Su primer movimiento , á la vista de semejante espectáculo , fué escapar ; pero pensó que quizás aquella pobre mujer vivía aún , que tal vez pudiera ser socorrida , y haciendo de tripas corazón , animándose con el recuerdo de la época en que fué soldado , logró vencer su terror .

Andando con tiento para no pisar sobre la sangre que inundaba gran parte de la estancia , penetró en el salón : se acercó al cuerpo inerte de la infeliz mujer ; le palpó el rostro y la frente yertos ; trató de levantarla por los hombros ; pero la rigidez y el peso le convencieron de que estaba muerta ,

y la soltó con miedo , y escuchó con espanto el ruido sordo que produjo la cabeza al chocar contra el pavimento .

Entonces salió precipitadamente , bajó la escalera con mayor rapidez aún que la había subido , y fué á reunirse con su mujer .

— ¿ La has visto ? ¿ Qué sucede ? — le preguntó ésta , no bien le vió aparecer en el zaguán .

— Sí . La pobre señora está muerta hace ya mucho tiempo sin duda .

— ¿ Pero de qué puede haber muerto ?

— Deben haberla asesinado .

— ¿ Y quién puede haber subido sin notarlo nosotros ?

— ¿ Qué sé yo ? Lo que más urge , es ir á dar parte al Comisario de policía .

— Tienes razón ; ve sin perder un instante . ¡ Ay , Dios mío ! ¡ Qué desgracia ! ¡ Qué desdicha ! ¡ En una casa como esta ! ¡ Qué dirá el amo !....

Y dirigiéndose á Aurelia , la portera prosiguió :

— ¿ Quién pudo entrar anoche en casa de su señora ? ¿ Á quién recibió ? ¿ Qué sabe V. ?

Pero Aurelia callaba, igual que antes. Desde el regreso de Jerónimo, su emoción había aumentado, y sin punto de reposo era víctima de un verdadero ataque de nervios.

Así transcurrió media hora. Por fin llegó el Comisario de policía, seguido de su secretario, y en la escalera se reunieron con un médico de la vecindad, á quien se había llamado de antemano.

Éste, en cuanto entró en el lugar del suceso, se acercó al cadáver, lo examinó atento, y sin moverla, la palpó y reconoció cuidadosamente.

—¿Y bien? (preguntó el Comisario, después de un momento invertido en examinar á primera vista la estancia.) ¿Cuánto tiempo le parece á V. que hace de la muerte de esta señora?

—Diez ó doce horas lo menos, —repuso el médico poniéndose en pie.

El comisario consultó su reloj.

—Son las nueve (dijo). De modo que, según lo que V. opina, el accidente debió ocurrir anoche, entre diez y doce.

—Me parece que no nos equivocaremos afirmándolo.

—¿Fué instantánea la muerte?

—Sí. No tiene más que una puñalada en la región cardíaca.

—¿Y cree V. que se trata de un suicidio?

El médico reflexionó un instante, comprendiendo desde luego toda la gravedad de la pregunta, y acabó por responder con acento de convicción profunda:

—No lo creo. El golpe fué demasiado violento para ser obra de una mano delicada como son las que vemos cubiertas de sangre.

Además (añadió, fijándose en un objeto caído junto á la chimenea), si se tratara de un suicidio, el arma, que produjo una muerte instantánea, hubiera quedado en la herida, y vea V. ese puñal en el suelo, y lejos del cadáver. El asesino, luego de perpetrar el crimen, arrojó el cuchillo de que se sirvió para ejecutarle.

—¿No hay huellas que indiquen si hubo lucha, ni existe alguna otra herida oculta? —preguntó el comisario.

El médico se arrodilló de nuevo junto á la muerta, le desabrochó la bata, desgarró la camisa de batista, toda sangrienta, que le

envolvía el cuerpo, y descubriendo el seno, replicó:

—Véalo V., señor Comisario. No tiene más que una herida. Bastó con la puñalada primera, que atravesó el corazón.

El Comisario había recogido el puñal, y presentándosele al Doctor, interrogó de nuevo:

—¿Cree V., pues, que ésta fué el arma con que se perpetró el delito?

El médico lo examinó atento; después comparó la anchura de la hoja con la de la herida, y por fin exclamó:

—Indudablemente, el asesino se valió de este puñal. Esto creo, y, no sólo me fundo en la coincidencia de la anchura de la hoja con la de la herida, sino que también me lo hace creer el verlo cubierto, mejor dicho, impregnado de sangre.

—¿Y no pudiera haber caído sobre la sangre casualmente?

—Entonces habría manchas sobre el mango..., y obsérvelo V.; está limpio, y la huella que dejó la sangre no llega más que hasta la mitad de la hoja, como para indicarnos la profundidad de la herida que produjo.

—Es verdad. Vaya la última pregunta.

—Estoy á las órdenes de V., señor Comisario.

—Á su entender de V., ¿esta mujer fué herida por sorpresa, ó antes de morir luchó con su adversario para defender la vida?

—Me inclino á creer lo segundo. Vea V. esas sillas por el suelo, el *chiffonnier* ese caído también. Todo esto prueba que la infeliz pretendió huir.

—Es cierto; pero tales indicios no bastan para afirmarlo en concreto, y la justicia no puede conformarse con probabilidades. Examinando mejor el cadáver, ¿no llegaríamos á una afirmación positiva en absoluto?

—Quizás. Si V. quiere, puedo intentar.

—Sí lo quiero.

El médico se acercó al cuerpo de la señora Vivian, examinó el cuello y los hombros, y en seguida dijo:

—Sí; hubo lucha. Aquí sobre la nuca se ve un arañacito, producido sin duda por la uña del asesino al sujetar á la víctima. Mire V., señor Comisario; fijese en esta gotita de sangre, y observe que la debió verter la pequeña herida cuyos extremos salen por uno y otro lado de la semiesferilla sangrienta.

—¿No procederá de la puñalada del pecho?

—Es imposible. Á causa de la posición del cuerpo, la sangre corrió toda hacia abajo. El cuello, la garganta y los hombros están completamente limpios.

—Muchas gracias, Doctor. Puede V. retirarse, si quiere hacer la declaración escrita en su casa. Pero le ruego que me la entregue lo antes posible.

El médico se retiró, y el Comisario, sin perder un momento, redactó dos oficios, comunicando el hecho que llevamos relatado al Prefecto de policía y al Procurador de la República. Llenas estas formalidades, creyó deber entregarse á dar los primeros

pasos en el camino de las investigaciones sobre la pista del asesino, que más tarde debían servir para fundar el proceso. Las respuestas de las personas interrogadas inmediatamente después de ocurrido un crimen, son consignadas con todos sus detalles, y frecuentemente tienen gravísima importancia, porque bajo la influencia de la primera emoción no hay espacio para recapacitar, y, por lo tanto, estas declaraciones revisten toda la importancia de lo que se hace obedeciendo á un movimiento natural. Fuera del juramento que el Juez exige al testigo, la información del Comisario de policía envuelve tanto valor como la de aquél.

La portera y su marido fueron los primeros á quienes se tomó declaración. Contaron lo que sabían, y el Comisario, enterado de la manera cómo Aurelia les avisó lo ocurrido, mandó llamar á ésta.

—Pensando que desearía V. oír á esa muchacha, la mandé subir ya, y espera en la antesala (observó el Secretario). Pero se encuentra tan afectada, á tal punto está conmovida, señor Comisario, que temo muchísimo que la emoción la prive si entra en

este salón y ve de nuevo el cadáver de su ama.

—Entonces será menester interrogarla ahí fuera, dijo el Comisario.

Y salió de la estancia, seguido de los demás espectadores de aquella escena lúgubre, en busca de Aurelia.

Cuando estuvo en su presencia, se le acercó, y con acento cariñoso para infundirle ánimos, comenzó así:

—Voy á dirigirla unas cuantas preguntas. Es preciso, indispensable, que se tranquilice V., que haga un esfuerzo para recordar los menores detalles que haya observado anoche y esta mañana, y los referentes á la manera de vivir de la señora Vivian. ¿V. estaba al servicio de esta señora?

—Sí, señor, — murmuró Aurelia.

—¿Desde cuándo?

—Hace un año, poco más ó menos.

—¿Cómo se llama V.?

—Aurelia Toussaint.

—¿Casada?

—No, señor Comisario.

—¿Viuda?

Señal negativa con la cabeza.

—¿Siempre fué el servicio la ocupación á que se dedicó V.?

—No, señor; antes trabajaba en mi casa. Sólo he servido á dos amos.

—¿Cuándo tuvo V. noticia de lo ocurrido en casa de la señora Vivian?

—Á las ocho, cuando bajé de mi cuarto.

—¿Es decir, que no dormía V. en la misma casa?

—No, señor; en el sotabanco.

—¿Y no bajaba V. hasta las ocho de la mañana?

—La señora se levantaba tarde, y me tenía prohibido comenzar la limpieza antes de esa hora.

—¿No tenía más criada que V.?

—No, señor.

Todas estas contestaciones fué menester adivinarlas: la pobre mujer apenas si podía sostenerse sobre el asiento, y las palabras salían de sus labios con torpeza suma.

—¿Por lo visto, apenas bajó V., se dirigió al salón, primero que á ninguna otra pieza? — prosiguió el Comisario.

— Todos los días hacía lo mismo. Co-

menzaba por el salón, para no molestar á la señora.

— Y al entrar vió V....

— Todos los muebles en desorden.... unos caídos.... otros fuera de su sitio ordinario.... y á la señora en el suelo.... llena de sangre.... toda llena de san.... gre....

El temblor volvió á apoderarse de Aurelia, y el Comisario se detuvo en sus preguntas para dejarla reponerse, aprovechando aquel descanso para observarla minuciosamente. Era una muchacha de veintidos á veintitres años, bajita, de talle gentil y delicadas formas; bonita, pero con una belleza imperfecta, de *conjunto*, sólo de conjunto. Los ojos pequeños, pero vivos, y la nariz remangada, eran más bien feos que otra cosa; pero los cabellos rubios muy brillantes, la boca graciosísima y la dentadura muy blanca, aunque los dientes adolecieran de ser un poco puntiagudos como los de los perros, armonizaban lo incorrecto, y hasta lo convertían en gracioso, sin excluir de esto ciertas manchitas rojas que de ordinario alteraban la continuidad de la blancura del cutis. En aquel momento el semblante resultaba alteradísimo. Tenía el

sello de una profunda fatiga; los ojos abotagados y la frente fruncida; pero todo esto se explicaba por la serie tan continuada de emociones que venía padeciendo desde por la mañana.

III.

—¿ Á qué hora subió V. ayer á su cuarto?— comenzó de nuevo el Comisario, tan pronto como juzgó que Aurelia, ya repuesta, estaba en condiciones para contestarle.

— Á las diez de la noche.

—¿ Y dejó V. sola á su ama?

— Sí, señor.

—¿ No esperaba á nadie?

— No lo sé.

—¿ La mandó á V. acostarse ella misma,

ó fué que, concluidas sus faenas, pidió V. permiso para hacerlo?

—Después que la ayudé á desnudarse, se puso una bata, y me dijo: «Se puede V. retirar si quiere.»

—¿Luego de marcharse V. sucedió algo que pudiera hacerla sospechar lo que estaba ocurriendo?

—No, señor; nada.

—¿Qué género de vida era el de su señora.

—Una vida muy tranquila y muy retirada. Salía muy poco de casa, sobre todo en estos últimos tiempos.

—¿Por qué decís que sobre todo últimamente?

—Porque el señorito no venía ya para llevarla á comer á la fonda ó para acompañarla al teatro.

—¿Á quién llama V. «el señorito?»

Aurelia dudó un instante.

—¡Diga V. lo que sepa! — exclamó el Comisario con acento enérgico.

—Al señor Pedro de Morlain, — balbuceó la joven.

—¿Qué vive?....

—En la calle de Villers, núm. ***....

—¿Era el amante de la señora Vivian?

—Creo que sí, señor Comisario.

—Diga V. que está segura. ¡La doncella de una mujer sabe todos los detalles de la vida íntima de su ama!.... Además, estoy perfectamente enterado de los antecedentes de su señora, porque habitaba en el barrio hace mucho tiempo, y me es conocido su nombre, nombre de guerra, que tomó al entrar en el teatro y conservó al abandonarle. Sus costumbres eran, en efecto, muy regulares en la última época de su vida; pero antes fueron bastante airadas, y no cometerá V. ninguna indiscreción contestando categóricamente á mis preguntas. ¿Recibía á otros hombres además del señor Morlain?

—No, señor; á ninguno más.

—¿Ni con el carácter de amigos?

—Ni así tan sólo.

—Y mujeres, ¿la visitaba alguna?

—Muy raras veces: tanto, que me sería imposible citar el nombre de ninguna.

—De esto ya hablaremos luego. Ahora continuemos por este camino. Me ha dicho V. que el señor Morlain no venía á buscar

á su señora de V. para acompañarla al *restaurant* ó al teatro. ¿Desde cuándo era eso?

—Desde hace más de un mes.

—Se habían enfriado mucho sus amistades!

—Creo que el señorito tra taba de romperlas por completo... y la señora parecía muy disgustada por esto.... ¡Muchas veces la encontré llorando!....

—¿Eran, pues, antiguas esas relaciones?

—¡Oh sí! De dos ó tres años por lo menos. El señorito la conoció cuando aún estaba en el teatro, y fué quien la hizo retirarse.

—Pero aunque no viniese á buscarla para pasar con ella las veladas, ¡seguiría visitándola!....

—Cada vez más de tarde en tarde, y sus visitas eran cortísimas.

—¿Cuándo le hizo la última?

—Hace tres días. El viernes último, á cosa de las diez de la noche.

—¿V. no había subido aún á su cuarto?

—No, señor. La señora me mandó esperar.

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo! ¿Quizás por temor á que el señorito....

—¡Ah! ¿Solían reñir?....

—Sí, señor.

—¿Y aquella noche?....

—Tuvieron una fuerte querella, igual que quince días antes. Desde el comedor, donde yo estaba ocupada en mis quehaceres, se oían los gritos....

—¿Recuerda V. lo que se dijeron?

—Sí, señor.

—Repítalo V.

—La señora decía: «No se deja así á una mujer como yo. Me vengaré.» Y el señorito respondió: «Pues ten cuidado, porque puede ser que á mi vez me vengue también.»

—¿Está V. segura de que era eso lo que decían?

—¡Oh! Sí, señor. Segurísima.

El Comisario reflexionó un instante, y alzando la cabeza de pronto, exclamó bruscamente.

—¿Le parece que el señor Morlain pudo venir ayer después de retirarse V.?

—Señor, yo no he dicho eso.

— Bueno , pero yo se lo pregunto.

— Quizás viniera. Yo no lo sé.

— ¿ Pero V. cree que pudo venir ?

— Señor Comisario , no lo sé. Subí á mi cuarto en seguida, y no salí hasta por la mañana.

El Comisario mandó comparecer á los porteros.

— ¿ Conocían Vds. al señor Morlain ? — les preguntó.

— Sí, señor (dijo la portera). Un joven rubio, de aire muy distinguido.... Antes venía todos los días. Pero desde hace algún tiempo sólo le veíamos muy de tarde en tarde....

— Por eso (añadió Jerónimo), la señora le escribía con frecuencia. Yo era el encargado de llevarle las cartas, y ayer le entregué la última.

— ¿ Á qué hora ?

— Á las cuatro de la tarde, sobre poco más ó menos.

— ¿ Se la entregó V. en propia mano ?

— Sí, señor ; porque precisamente al llegar yo á su casa salía él.

— ¿ No volvió á entrar para leerla ?

— No, señor. La abrió, y la leyó muy

de prisa. Parecía contrariado; hizo un gesto de rabia, estrujó el papel, y me dijo con aspereza : « No tiene contestación. Diga V. que no quiero contestar ; que en adelante nunca contestaré á ninguna carta de esa señora. »